

Rafael FARINA, *Metodología. Normas para la técnica del trabajo científico*, Guatemala, Inst. Teol. Salesiano («Publicaciones del Instituto Teológico Salesiano»), 1979, 346 pp., 16,5 × 24.

El mismo autor, en el breve prefacio que encabeza el libro, nos proporciona los datos fundamentales para encuadrarlo. Se trata, básicamente, de la traducción española de *Metodología* promovida por Angel Romero y llevada a cabo por A. Berenguer, M. Díaz y A. Martín, del Inst. Teol. Salesiano de Guatemala, hecha a partir de la 2.^a edición italiana, publicada por la Ed. PAS, de Roma, en 1974. No se trata, sin embargo, de una simple traducción: la obra ha ganado en páginas (cincuenta, correspondientes a los capítulos sobre los grupos de estudio y el análisis estructural y la hermenéutica), ha sido actualizada en la bibliografía y adaptada a los lectores de lengua castellana.

La idea inicial de Farina, actual rector del PAS de Roma, fue la de publicar los apuntes de Ejercitaciones de Metodología, curso que dictaba a los alumnos del primer año del quadrienio teológico. Poco a poco la obra fue adquiriendo mayor consistencia y volumen, hasta llegar a ser un libro que recoge una amplia serie de temas, todos relacionados con la metodología práctica (la «técnica») de la Teología, es decir, con el modo que se debe seguir para llevar a cabo un trabajo de Teología: ya sea un ejercicio escolar escrito, una relación de Seminario, un artículo de revista, una tesis doctoral o una monografía. Aunque el objeto específico que el A. estudia es el método de la investigación teológica, los argumentos tratados, sin embargo, abarcan áreas que interesan también a la Historia, la Filología, la Filosofía y el Derecho. Como su mismo autor reconoce, el libro incluye muchas cosas que pueden parecer obvias o ya conocidas; es interesante, sin embargo, verlas reunidas y analizadas sistemáticamente. Los consejos prácticos y la lógica del sentido común brillan con más evidencia cuando están bien presentadas y ordenadas, como hace Farina.

En pocas palabras se puede dar el esquema del libro. La parte teórica más importante está reunida en un capítulo previo que recibe el título de: *Premisa: El trabajo científico es un trabajo intelectual*. Sigue después un capítulo sobre la metodología didáctica (*Grupos de estudio y Seminarios*) y luego la parte central del libro, dividida en otros dos capítulos; el primero se titula *Las etapas del trabajo científico: elección del tema, búsqueda y elaboración del material*; el segundo: *Las etapas del trabajo científico: la primera redacción y la redacción definitiva*. El capítulo cuarto y último, de naturaleza casi exclusivamente técnica, trata de la impresión de los originales, con detalles relativos a la serie y cuerpo de los tipos de imprenta y la corrección de las pruebas. Una

mención particular merecen los amplios apéndices: 42 páginas impresas en color distinto. A esto se deben añadir una bibliografía bastante extensa sobre Metodología y cuatro índices (autores, analítico, de figuras y general) que cierran y completan el volumen. Entre los Apéndices, queremos señalar que siete (del XVI al XXII) están dedicados a distintos sistemas de clasificación decimal de las ciencias, y que el Apéndice XXVI, de once páginas, enumera una selección de las ediciones más importantes de las fuentes teológicas: Sagrada Escritura, Padres y Magisterio. El libro de Farina quiere ser, pues, una obra muy completa y se debe agradecer al autor su generoso esfuerzo. Pensamos que el objetivo que Farina perseguía ha sido plenamente conseguido y nos alegramos de que haya en castellano una obra de este tipo, que es realmente muy útil.

Queremos, sin embargo, hacer algunas observaciones de tipo estrictamente teológico, sin entrar en demasiados detalles, puesto que el tiempo y la experiencia irán perfeccionando, sin duda, esta obra, eliminando o simplificando lo que no está muy bien explicado o que resulte superfluo. Nos referimos en concreto a tres temas: el método de la investigación teológica en relación con la naturaleza de la Teología; la utilización del análisis estructural en los textos teológicos (tema abordado en las pp. 74-84) y, por último, el Apéndice XXIV.

En cuanto al primer tema, Farina sortea el problema de fondo defendiendo la equivalencia, desde el punto de vista del método, entre el trabajo teológico y el trabajo intelectual, en general (p. 11s.), y el histórico, en particular (p. 43s.). La tesis básica es: «el tipo de método que nos interesa no es ni el que está basado en la evidencia lógica, el teórico-deductivo (*sic*), propio de la filosofía y de las matemáticas, ni el que se fundamenta en la experiencia y en la experimentación... sino el que se apoya en la autoridad, el método histórico, propio de la historia y de la teología (ambas descansan en la autoridad de las fuentes)» (p. 43). El Autor proporciona en este sentido dos amplias bibliografías relativas al trabajo en las Facultades de Teología y al método del trabajo científico. Nos parece que estas bibliografías son esclarecedoras: reflejan, en efecto, una orientación ecléctica con elementos de tipo positivista. Junto a los nombres de López Ibor y Gonzalo Vázquez, Sertillanges, Guitton, Gratry, aparecen, y con mayor relieve, Umberto Eco, Gino Corallo, De Guibert, Rene Latourelle y Flick-Alszeghy. Los últimos cuatro libros, son, en particular, el punto de partida de Farina, que dedica también bastante espacio al sistema didáctico empleado en la Universidad Gregoriana. Es una pena que el A., cuya moderación es evidente, no haya tenido en cuenta la preciosa aportación de Alvaro d'Ors al método de trabajo universitario en sus *Papeles del oficio universitario* (Madrid, 1961): hubiera podido encontrar allí, tal vez, una mayor amplitud de horizontes. De todos modos, la carencia que nos parece detectar no es bibliográfica, sino sistemática. Entendemos que el método teológico, además de asemejarse al método humanístico (trabajo sobre fuentes y no sobre datos empíricos), posee un carácter peculiar que no puede ser descuidado nunca. Es *ratio fide illustrata*, y esto quiere decir que su método es regresivo: no de la fuente a la doctrina, sino

de la doctrina a la fuente. Si no, efectivamente, se corre el riesgo de disolver la Teología o en la historia del pensamiento cristiano o, por otra vertiente, en el análisis del lenguaje religioso.

Venimos así al segundo punto: la hermenéutica de un texto, o mejor dicho, para seguir el esquema del Autor, la hermenéutica, el análisis estructural y el análisis interpretativo de un texto. Farina precisa en p. 74 que se trata de «modos o grados de lectura de las fuentes... son tres grados, no tres tipos; por tanto están relacionados gradualmente entre sí de una manera progresiva y necesaria». En nota, el Autor remite a una extensa serie de autores, sobre todo italianos, entre los cuales parecen dominar C. Segre, M. Corti, S. Avalle D'Arco, A. Marchese. Se trata de investigadores claramente orientados hacia el estructuralismo neo-formalista derivado de los estudios de Jacobson y Trubetzkoy: su postura es moderada, en cuanto que no identifican, sin más, el sentido de un texto con el contexto sociológico en el cual nace, pero, a pesar de todo, el enfoque general adoptado supone una separación (al menos metodológica) entre lenguaje y conocimiento, con una progresiva e inevitable caída en el nominalismo filosófico. Es difícil, en los límites de una recensión, entrar a fondo en el tema. Nos limitamos a señalar que, en coherencia con el enfoque formalista o estructuralista y si no se aportan matices indispensables, queda excluida la posibilidad de una Revelación en sentido estricto y también la posibilidad de una interpretación autorizada de lo revelado. Pensamos que sería de desear una revisión de esta parte del trabajo para dejar cada cosa en su sitio: bastaría señalar los límites del método estructural, tanto lingüístico como semiológico, en el estudio de una fuente cualquiera y en el estudio de un texto revelado en particular. En este sentido, los estudios de hermenéutica teológica que se citan (p. 78: E. Fuchs; H. Gadamer; R. Marlé; J. Schreiner; R. Barthes; etc.) no son afortunados. Por último, tampoco nos parece del todo clara la separación de la interpretación de un texto en interpretación histórica o exégesis e interpretación existencial o hermenéutica; si se quisiera llegar al fondo de la cuestión se volvería tal vez a la conocida oposición entre *Historie* y *Geschichte*, o entre norma y valor. Una vez más hay que repetir que no existe, ni puede existir, distinción real entre exégesis y hermenéutica, puesto que las dos están medidas por la verdad: sólo puede haber una diferencia de matiz, de enfoque, de técnica.

El tercer y último punto discutible, como decíamos, es la bibliografía. Por dos motivos. En primer lugar, porque omite el estudio de los teólogos escolásticos y de los Santos Doctores a partir del s. X. En segundo lugar, porque aparecen mezclados, y sin distinción, autores católicos y autores u obras de otras confesiones. Con estas limitaciones su utilidad queda bastante reducida.

En definitiva el libro de Farina, que merece alabanza por su laboriosidad y precisión, no supera todavía el nivel de un primer ensayo. Es de esperar que o el mismo Autor u otros, con nuevas fuerzas y criterios más precisos, lleven a cabo esta empresa verdaderamente meritoria.

CLAUDIO BASEVI